

Lenguaje y filosofía. *Expresión y metáfora*

El lenguaje no es ya uno de tantos temas tratados en diversas partes de la filosofía; se ha convertido en estos últimos tiempos en tema capital, cuestionado por el ser mismo de la filosofía entera. A su vez el problema gnoseológico se ha desplazado, de modo más que preeminente casi exclusivo, hacia el lenguaje y las cuestiones criteriológicas y metodológicas que él plantea. En algún sentido podríamos decir que hoy las escuelas o tendencias filosóficas se diversifican por razón de su diferente concepción del lenguaje filosófico.

LENGUAJE Y FILOSOFIA

El libro de Alberto Pasquinelli *Linguaggio, scienza e filosofia*¹ es una introducción clara y metódica a los principios de la moderna filosofía analítica y un examen de algunos fundamentales problemas metodológicos y epistemológicos que en ella se plantean. No se busque, por ello, en esta obra una originalidad radical que no pretende, aunque no falten matices personales en los planteamientos y en los enjuiciamientos críticos, y sea suyo todo el mérito de la acertada ordenación y exposición de los temas. Aclara los desarrollos con ejemplos concretos pertinentes y con referencias a las principales teorías y autores; y una bibliografía a pie de página, bien seleccionada, indica no sólo nuevas fuentes de información sobre los

1. PASQUINELLI, ALBERTO: *Linguaggio, scieza e filosofia*. 2 edic. Bologna, Il Mulino, 1964, 236 pp., 22 × 14 cms.

puntos particulares tratados en el texto, sino que orienta hacia el estudio de otros problemas implicados o afines con el expuesto.

La buena acogida —merecida— de su primera edición, hizo que el autor presentase, en 1964, una segunda, ampliando a nuevos sectores la aplicación de la doctrina establecida, o completando en nuevos aspectos o referencias los capítulos ya estructurados en la primera edición.

El proyecto que Pasquinelli se propone en esta obra y el sentido y ordenación de la temática concreta que intenta desarrollar, se encuentran claramente expuestos en el Prefacio. «La filosofía —escribe— como conocimiento analítico de la experiencia en sus múltiples dimensiones es lo que, bajo algunos aspectos esenciales, intentan ilustrar estas páginas. Ya que gran parte de la experiencia humana se concreta o tiende a concretarse en procesos de naturaleza lingüística (concebidos en el sentido más lato del término), el lenguaje aparece naturalmente como un factor primario a los fines de la adquisición de tal conocimiento. Además, resultando que entre las diversas formas de experiencia la llamada "científica" tiene una relevancia particular, resulta obvio que propiamente a su temática y a su estructura se haya hecho amplia referencia en tal contexto»².

El lenguaje, en efecto, adquiere una importancia «metodológica» fundamental en el esclarecimiento de la experiencia; en consecuencia, su estudio «objetivo» es una premisa imprescindible para el examen filosófico de tal experiencia. El lenguaje es el medio principal de comunicación entre los hombres, y éste entra a formar parte de la experiencia científica; el examen de los componentes lingüísticos y comunicativos de esta última se integra, por tanto, en la cuestión general sobre el lenguaje y la comunicación. Por eso nos expone en el capítulo primero los conceptos de *análisis filosófico, lenguaje y comunicación*, y sus relaciones. Entiende análisis filosófico en el sentido moderno y restringido de la «filosofía analítica»; lenguaje, por todo proceso lingüístico, bien sea el hablar, el escribir, el leer, el escuchar, el gesticular; y comunicación, como la transmisión a otros, mediante signos, de cualquier información o emoción, el cambiarse señales o mensajes.

El problema en concreto que en este primer capítulo se plantea es: ¿cuáles son las implicaciones y en qué manera contribuye el análisis filosófico moderno al esclarecimiento del lenguaje y al estudio de la comunicación, y qué importancia reviste esto para la filosofía? Afirma con Bloomfield esta relevancia, en contra de las directrices de la escuela oxoniense; si bien de hecho la restringe luego a la construcción de lenguas perfectas y modelos artificiales, según las orientaciones del empirismo científico de autores como Carnap, Tarski, Morris, Quine, Coodman, Stevenson, etc., en conexión con los trabajos anteriores de Russel, el Círculo de Viena, la escuela semántica polaca y el pragmatismo semiótico americano. Cuatro problemas, relacionados entre sí, interesan de modo particular al científico y al filósofo: el problema de la naturaleza y origen o desarrollo del lenguaje, «carente de una denominación especial y de una fisionomía intrínsecamente unitaria», involucrándose en él cuestiones particulares de los restantes problemas y

2. *Ib.*, p. 13.

aspectos genéricos de la temática total; el problema de la estructura de los sistemas lingüísticos; el problema del significado de las expresiones lingüísticas, y el problema de los usos o funciones del lenguaje. Estos tres últimos, en la clasificación y terminología introducida por Morris y Carnap, fueron denominados, respectivamente, problema sintáctico, problema semántico y problema pragmático.

En cuanto al problema de la estructura de los sistemas lingüísticos, o problema sintáctico, el análisis filosófico lo asimila «a un cálculo, esto es a un conjunto de unidades elementales combinables mediante reglas, en sentido más o menos lato formales»³.

En el problema semántico, o del significado —«uno de los temas mayormente debatidos en el análisis filosófico contemporáneo»⁴—, las conclusiones no son tan determinantes ni su admisión es regular por parte de los autores. Entre las conclusiones alcanzadas de mayor importancia y relieve, Pasquinelli reseña la distinción de las expresiones lingüísticas en dos grandes clases o grupos: las que tienen un significado *cognoscitivo* y las que tienen un significado *emocional*, divididas a su vez en varias subespecies; pero tal discriminación y clasificación «presenta aspectos muy comprometidos y arduos»⁵; también —«quizás las más controvertidas»⁶— las concernientes a la identificación del significado, y, por último, las que se refieren a aspectos peculiares del significado, sobre todo de los significados cognoscitivos.

En cuanto al problema pragmático, el interés primordial se dirige hacia «el esclarecimiento de los usos o de las funciones de las expresiones lingüísticas con referencia a sus intérpretes»⁷, con dos especies, al menos, de funciones bien diferenciadas: una *informativa* y otra *no informativa*.

Por lo que respecta al problema de la naturaleza, origen y desarrollo del lenguaje, se adhiere a las conclusiones establecidas por Morris, que en sus términos esenciales serían: 1) El lenguaje se compone de una pluralidad de signos. 2) Cada signo tiene en el lenguaje una significación común a cierto número de intérpretes. 3) Los signos que lo constituyen deben ser signos comunes, es decir, que puedan ser producidos por los miembros de la familia de intérpretes (bien se trate de actividades del organismo, por ejemplo gestos, o de productos de tal actividad, como sonidos). 4) Son plurisituacionales, o sea, tienen una permanencia de significado en situaciones diversas. 5) Deben constituir un sistema, en interconexión unos signos con otros, de modo que puedan combinarse de un modo determinado a fin de formar una variedad de procesos sgnicos complejos.

La teoría de la comunicación, o teoría de la información, le interesa a Pasquinelli y la estudia en su aspecto o acepción semántica, en cuanto la comunicación o información se ordena o «transmitir informaciones o emociones mediante signos», «a cambiar señales y mensajes»⁸, por ser el único

3. *Ib.*, p. 27.

4. *Ib.*, p. 29.

5. *Ib.*, p. 33.

6. *Ib.*, p. 34.

7. *Ib.*, p. 39.

8. *Ib.*, p. 47.

aspecto conexo de modo esencial con el concepto dicho de lenguaje. También aquí el análisis filosófico ofrece un complemento fundamental y necesario: por la atención específica que presta a los factores lingüístico-semánticos de la comunicación y, sobre todo, al ilustrar la importancia primaria de la semiótica como base para una teoría satisfactoria de los procesos comunicativos.

Un nuevo apartado destaca la importancia de las implicaciones metodológicas del lenguaje y de la comunicación, en sentido semántico, para el desarrollo de los procesos filosóficos. La búsqueda de un lenguaje semántica y sintácticamente perfecto —viejo ideal de muchos científicos y filósofos— para expresar los contenidos de la ciencia y la filosofía es el único modo, en cuanto se acerque a resultados válidos, de superar en ellas el solipsismo y el escepticismo. Terminando el capítulo con un párrafo añadido a la segunda edición, sobre las relaciones y diferencias entre los procesos comunicativos en la experiencia científica y en otras experiencias culturales no propiamente científicas, como la experiencia artística. También en ésta resulta necesaria una manifestación exterior «mediante expresiones lingüísticas (en sentido lato), que sean institucionalmente fruibles e interpretables con vistas a la comunicación pública»⁹.

El segundo capítulo (*Lógica, ciencia y filosofía*) intenta esclarecer la importancia de la lógica en la filosofía; en general y con referencia a la cuestión de las relaciones entre la investigación filosófica y la investigación científica. Hasta qué punto y dentro de qué límites los nuevos desarrollos de la lógica según modelos matemático-relacionales son aplicables tanto en la ciencia como en filosofía. La discusión entre Schrödinger y Carnap sobre la intersubjetividad de las percepciones de los fenómenos físicos, y la distinta fundamentación en que la basan contra la hipótesis solipsista, está en el centro y prácticamente llena toda la exposición de este capítulo. Concluye de ello la conveniencia, e incluso necesidad, de los análisis lógicos en ciencia y en filosofía; si bien se hace preciso integrarlos con los datos y leyes factuales, y variarlos según las diversas y particulares finalidades de la búsqueda filosófica o científica. Las aplicaciones más fecundas vendrían, según Pasquinelli, de la posibilidad que presentan esos procesos lógicos para conectar, clasificándolos y precisándolos, conceptos y asertos varios, estableciendo así conjuntos orgánicos de nociones y de juicios. Al modo, por ejemplo, de lo realizado por Carnap en su *Der logische Aufbau der Welt*.

En el tercer capítulo (*Fundamentos metodológicos de las ciencias físicas*) se refiere a la fundamentación y justificación epistemológica de los procedimientos cuantitativos y de mensuración en las ciencias físicas, a la luz de la actual metodología y filosofía de la ciencia. Según una multiseccular tradición gnoseológica, que se remonta a Aristóteles, «el conocimiento humano responde a una profunda exigencia de orden: el hombre conoce en la medida en que consigue coordinar las propias experiencias en *conjuntos* o *sistemas de referencia*»¹⁰. Tres fases o grados se dan en esta ordenación cog-

9. *Ib.*, p. 72.

10. *Ib.*, p. 110.

noscitiva. La primera consiste en la sensación o percepción de cualidades y su enunciación en términos psicológico-perceptivos o físico-observativos; el único orden clasificatorio en esta fase está fundado en relaciones de diferencia o semejanza. La segunda establece un *orden parcialmente serial*, individualizando las relaciones mediante conceptos o términos comparativos (*más, menos, igual*). La tercera fase, finalmente, consiste en establecer un propio orden *serial, o cuasi-serial, matemático* entre los datos de la experiencia. En lugar de relaciones comparativas aproximadas se presentan exactas referencias numéricas; «lo que requiere que las mismas cualidades percibidas se designen mediante un lenguaje en parte matemático»¹¹, en términos rigurosamente cuantitativos y en *funtores*. Las designaciones lingüístico-cuantitativas serán interpretadas como nombres de estados cualitativos. Su referencia empírica se asegura, al menos parcialmente, por las interpretaciones operativas que acompañan.

Ciertas dificultades teórico-metodológicas aún sin resolver respecto a determinadas aplicaciones, no han impedido su creciente y decisivo auge en el desarrollo de las ciencias de la naturaleza. En psicología, sociología, economía, etc., la aplicación limitada de tales métodos ha permitido enunciar leyes suficientemente precisas y formular previsiones atendibles. No obstante, «dificultades prácticas notables hacen problemática una extensión incondicionada de los procesos cuantitativos dentro de tales ámbitos»¹². De modo más expreso examina esto en el capítulo cuarto (*Aspectos lógico-lingüísticos y científicos de las valuaciones*) en lo referente a la ética, a propósito de la obra de Dewey *Teoría de la valuación*. Si algunos aspectos del planteamiento de éste parecen aceptables, resulta problemática la posibilidad misma de reducir los enunciados valuativos a los mismos criterios de verificación que los enunciados factuales. No tanto, según Pasquinelli, por la continuidad y dependencia de los medios respecto a los fines, cuanto por el efectivo «valor final» de toda concreta actividad humana, al que Dewey se ve obligado continuamente a referirse y que sitúa en la conservación o restauración del equilibrio bio-social. En un nuevo capítulo (*Las ciencias sociales y la lingüística general*) añadido en la segunda edición, se vuelve a esta aplicación de los fundamentos y metodología de las ciencias físicas a las ciencias sociales, en cuanto éstas son preliminares para una comprensión de la lingüística general. Los varios intentos de interpretación epistemológica de ésta, a partir de principios de siglo, han conseguido resultados notables en cuanto a una concepción y estructuración científica de la misma. «Parece poder inferirse racionalmente que en la lingüística general moderna se da una vasta y profunda (aunque no exclusiva) orientación científica, cuya articulación se presenta metodológicamente afinada y relevante»¹³.

Tres apéndices completan el libro y perfilan diversos aspectos de la exposición. En el primero (*Relaciones de denominación, extensión e intensidad*) vuelve sobre las relaciones entre signos lingüísticos, objetos y hechos extra-

11. *Ib.*, p. 111.

12. *Ib.*, p. 126.

13. *Ib.*, p. 167.

lingüísticos; se pronuncia por una relación de significación compleja que implique consideraciones intensionales, ya que, a pesar de ciertas dificultades, aparece más comprensiva para el análisis semántico que una denominación rígidamente extensiva. El segundo trata de la nomenclatura científica, del lenguaje de la ciencia en cuanto discurso técnico. «Por *nomenclatura científica* se entiende un conjunto de tales nombres [en el amplio sentido semántico del término, no en su restringido sentido gramatical], en la mayor parte de los casos nombres comunes y adjetivos destinados a designar de modo adecuado y completo, así como, en lo posible, orgánicamente mediante reglas sistemáticas, las entidades comprendidas en el dominio investigado por esta o aquella disciplina»¹⁴. Examina e ilustra estas características y destaca sus ventajas a través de las nomenclaturas aritmética y geométrica, la de los compuestos químicos y la de los binomios zoológico y botánico en la clasificación de Linneo; señala la diferencia entre tales nomenclaturas y los simbolismos artificiales, y la eficacia eurístico-inferencial, además de sistemático-conservativa, que presta a aquéllas su aproximación a estos símbolos.

Finalmente, «Una vuelta crítica en biología», el último de los apéndices, añadido en la segunda edición, es un análisis de la obra de W. Harvey en cuanto representa, por sus características metodológicas y epistemológicas, una sistematización auténticamente científica y con sentido moderno, de la biología, que revolucionó esta disciplina del mismo modo y correlativamente a como Galileo y Copérnico lo hacían con la física.

Que antes de cuatro años un libro de filosofía como *Filosofía y lenguaje*, de Emilio Lledó¹⁵, alcance su segunda edición, es un hecho, en España, que habla claramente de la aceptación alcanzada. Y también, en cierta medida, dado su contenido y estructura, de sus méritos. Pues no se trata de un manual universitario que organice, aclare y facilite a los alumnos la comprensión de unos conceptos en boga. La cuestión central planteada por Lledó está, en cierto modo —sólo en cierto modo—, al margen y, desde luego, su consideración y respuestas quedan fuera de las fronteras formalistas o estructuralistas hoy habituales en los tratamientos lingüísticos, y de los esquemas generales de filosofía del lenguaje. «El presente libro —se nos advierte en el prólogo— no pretende entrar en las discusiones técnicas sobre el intrincado sistema conceptual de la lógica, la analítica o la semántica moderna, sino buscar una apertura, a través de ellas, para conectar de nuevo con lo que es el fundamento de toda significación y de todo lenguaje: la relación entre hombre y mundo, entre individuo y sociedad»¹⁶. Las citas de L. Hjelmslev y C. Riba, que a modo de lema encabezan el libro, son altamente esclarecedoras a este respecto¹⁷. «El lenguaje —nos dice también

14. *Ib.*, p. 194.

15. LLEDO, EMILIO: *Filosofía y lenguaje*. Editorial Ariel, Barcelona, 1.ª edic. 1970, 188 pp., 18 × 11 cms.; 2.ª edic. ampliada 1974, 210 pp.

16. *Ib.*, p. 10. Citamos siempre por la 2.ª edición.

17. «La théorie est conduite par nécessité interne à saisir non seulement le système linguistique dans son schéma et dans son usage pris dans leur totalité comme dans leurs détails, mais aussi l'homme et la société humaine présents dans le lan-

Lledó más adelante, en un momento de su exposición— no es un simple medio neutro de comunicación. El estudio de las causas que provocan las tergiversaciones y modificaciones del lenguaje trasciende la esfera de la lingüística y de la misma sociología del lenguaje, para situarnos en ese campo problemático que, por ahora, podemos seguir llamando *filosofía del lenguaje*»¹⁸.

Sin que con ello el autor se margine de la actualidad filosófica en uno de los problemas, precisamente, más representativos y acuciantes del momento cultural. Al contrario. Las referencias precisas a esas diversas corrientes doctrinales sobre el tema son abundantes, manejando con acierto una bibliografía suficiente y bien contrastada. Y hay un reconocimiento explícito de la importancia de esos estudios y una aplicación (ciertamente, a veces *sui generis*) de bastantes de sus presupuestos y conclusiones, a la finalidad propia y distinta que se propone. «El análisis científico del fenómeno lingüístico, en todas sus manifestaciones, desde las elaboraciones formales hasta los usos cotidianos, es un elemento imprescindible en la cultura del presente. La antropología contemporánea tiene, sobre estas bases, un amplio campo de desarrollo»¹⁹. «En cuanto a las investigaciones semánticas, tanto los problemas de terminología cuanto las mismas cuestiones filosóficas tendrán que plantearse, en parte, desde el amplio horizonte en el que hoy se despliega la semántica histórica, estructural, analítica o constructivista»²⁰.

El libro lo constituyen diversos trabajos publicados antes independientemente en revistas, en Actas de Semanas de estudio o Congresos y en volúmenes de homenaje colectivos. Su composición se realizó en distintos años, desde 1966, el más antiguo («Lógico» y «terminológico» en filosofía), hasta 1973, el más reciente e inédito (*Información filosófica e historia*), incorporado como novedad en la segunda edición. Ello indica una continuidad en la preocupación y estudio del tema por parte del autor. Los ordena, buscando una línea lógica de exposición, del modo siguiente: I. *Filosofía del lenguaje como historia de la filosofía*; II. *El lenguaje filosófico griego: Hacia una revisión de la terminología filosófica*; III. *Información filosófica e historia*; IV. *Lenguaje e historia de la filosofía*; V. *Lenguaje e interpretación filosófica*; VI. «Lógico» y «terminológico» en filosofía. (*Una nota introductoria al lenguaje de Heidegger*); VII. *Un modelo de semántica filosófica*; VIII. *Semántica cartesiana. (Una lectura del «Discours de la méthode»)*.

Si bien son inevitables, en casos como el presente, ciertas reiteraciones, éstas tienen aquí, por lo común, un carácter metodológico; no se trata, en general, de volver sobre los mismos conceptos o doctrinas con más o menos similares o diversas formulaciones, meramente aclarativas; sino de aplicaciones a distintos contextos que amplían y desarrollan desde nuevos ángulos un contenido doctrinal antes expuesto. Por otro lado, la consideración

gage et, à travers lui, à accéder au domaine du savoir humain dans son entier» (Louis Hjelmslev).

«...els mots són només per a entendre'ns i no per a entendre'ls: són el començament, just un senyal del sentit» (Charles Riba).

18. LLEDO: *Filosofía y lenguaje*, p. 80.

19. *Ib.*, pp. 80-81.

20. *Ib.*, p. 63.

filosófica del lenguaje y el tema de las relaciones entre lenguaje y filosofía están presentes y en el centro de cada estudio particular. El libro obtiene así unidad temática y desarrollo coherente.

Nos dice Lledó en el Prólogo que «los trabajos reunidos en este volumen han ido surgiendo como reflexiones en torno a una historia de la filosofía del lenguaje que el autor prepara desde hace algunos años»²¹. Son continuas, en efecto, las referencias a la historia de la filosofía del lenguaje, bien se trate de momentos globales de la historia de la filosofía, o siguiendo la línea de desarrollo de determinadas concepciones, o bien refiriéndose a aspectos muy peculiares de la producción filosófica de un autor (por ejemplo, el Heidegger de la segunda época y, de modo especial, su *Der Weg zur Sprache*). El primer ensayo del libro (*Filosofía del lenguaje como historia de la filosofía*) contiene una apretada síntesis del desarrollo histórico de la filosofía del lenguaje, desde Platón y Aristóteles hasta Heidegger y Wittgenstein. Pero del resto de los ensayos podríamos decir que más propiamente son consideraciones que surgen en ese contexto y en esa circunstancia. El tema que se enhebra en todos ellos es una inquisición varia, desde distintos puntos de vista, con ejemplarizaciones diversas, de la mutua e íntima correlación, del nexo que se establece entre la filosofía y el lenguaje. Y en este aspecto y en razón de él, de la filosofía del lenguaje y de nuestra comprensión, a través del lenguaje, de la historia de la filosofía.

Toda la filosofía es para Lladó, en última instancia, filosofía del lenguaje. O mejor aún, en expresión más radicalizada, «la filosofía es lenguaje»²²; «toda obra filosófica es esencialmente lenguaje»²³. Pues el pensamiento filosófico no tiene más estructura referencial que la del lenguaje en el que se expresa, y toda filosofía existe en los textos lingüísticos en que se nos manifiesta. Pudiera parecer que la palabra estorba el libre vuelo del pensamiento, cuando es en realidad su espacio y su medio de desarrollo. «El aire del pensamiento es el lenguaje»²⁴.

Se trata, en definitiva, de recuperar el sentido del *logos* griego en todo su amplio y, a la vez, profundo significado. «Cuando Aristóteles en un famoso texto definió el hombre como ζῷον λόγον ἔχον, no quería decir *animal rationale*, ni apuntaba a la misma órbita semántica de su interpretación latina. La fórmula que traducía el texto enmascaraba una parte esencial de lo dicho por Aristóteles. Tener *logos* era la característica por la que el hombre se despega de su contexto animal y se inserta en su esencia. Pero *logos* es más que *rationale*, porque originariamente, y a lo largo de su evolución en la filosofía griega, su significado implicó una relación imprescindible con la expresión, con el pensamiento expresado, con la palabra»²⁵.

Pero al mismo tiempo, según la otra gran definición aristotélica, «el hombre es un animal político». Hay una estrecha correspondencia entre las dos definiciones. Si tiene *logos*, si se expresa, expresa algo y se expresa a alguien.

21. *Ib.*, p. 9.

22. *Ib.*, p. 11.

23. *Ib.*, p. 156.

24. *Ib.*, p. 135.

25. *Ib.*, p. 118. Cf. también pp. 66, 68, 81 y 140.

Si es social, su logos, su expresión se realiza en el seno de esa sociedad, se nutre de ella. «El logos, el lenguaje, no es sólo un mero instrumento de comunicación, sino que crece y alienta entre las estructuras de la sociedad, en la convivencia del hombre con el mundo creado por él, y con los otros hombres»²⁶. El lenguaje no es, por eso, una entidad estática y monolítica; cambia y se pliega, tanto en sus estructuras externas como en sus contenidos significativos, a los movimientos del pensamiento y a las situaciones del destinatario. Está condicionado por las peculiaridades del que habla; supone la voluntad o necesidad de comunicarse a otros; evoluciona en un concreto ámbito social y depende de él y de sus transformaciones en su desarrollo.

Por otro lado, «el lenguaje es un modo de ver la realidad, de entenderla, de interpretarla». En cualquier momento cultural refleja²⁷ y es fruto, se marida con la visión del mundo entonces vigente. «El lenguaje de un pueblo no es más que la biografía de su espíritu; de su lucha por entender y asimilar el mundo»²⁷. Paralelamente y en consecuencia, la obra filosófica es comprensión y manifestación del mundo. Se alimenta del ser. «Por muy abstracta que sea y por muy profunda que pretenda aparecernos en virtud de esa abstracción, no es más que la interpretación lingüística de una realidad que en todo momento la trasciende y al par la integra»²⁸.

Como la filosofía, también la historia de la filosofía es lenguaje. Toda historia lo es. «La historia es lenguaje; porque éste constituye un modo privilegiado de cómo lo *ya antes* se comunica al *ahora*»²⁹. Toda clase de documentación histórica son signos cuyo contenido múltiple —factual, social, político, económico, cultural, teórico— debe traducir el historiador y comunicarnos, mediante el lenguaje, los resultados de su reconstrucción e interpretación.

Y es importante esta asimilación del pasado. No como pasado que poco o nada tiene que ver con nosotros, como un pasado al margen de las exigencias perentorias del presente. «La historia, así entendida, es un lujo más de la cultura; un lujo de clase»³⁰. Sino la historia —sobre todo la historia del pensamiento— en cuanto incrustada en el presente y proyectándonos hacia el futuro; que lo que menos aporta —y no sería de despreciar— son informaciones útiles, pues además nos permite entrever horizontes abiertos desde el centro mismo de los problemas que nos constriñen. (Para Lledó la filosofía no tiene sentido ni valor si de algún modo no está integrada y contrastada con la praxis). «Esta interpretación, desde la perspectiva de nuestro presente, es un tesoro que no podemos enterrar ni dilapidar. El hecho de que pueda plantearse seriamente el rechazar esta herencia indica hasta qué punto quienes controlan la vida colectiva han conseguido ya nuestro empobrecimiento esencial, nuestra total alienación. La memoria colectiva, mal recordada, puede desorientarnos en las coordenadas de la historia,

26. *Ib.*, p. 81.

27. *Ib.*, p. 72.

28. *Ib.*, p. 63. Cf. p. 134.

29. *Ib.*, p. 99.

30. *Ib.*, p. 78.

pero la memoria colectiva aniquilada es una especie de suicidio, un modo nuevo de desesperación»³¹.

La filosofía del pasado nos llega en unos textos; y es en la real e inmediata presencia de su lenguaje donde debemos descifrar su sentido. La reconstrucción de éste, según Lledó, debe realizarse en función de un triángulo de motivaciones y estructuras cuyos vértices vendrían dados por *quién* habla en el texto, *de qué* habla y *a quién* habla³²; y de unos procesos hermenéuticos que se desarrollan, fundamentalmente, en cuatro niveles: terminológico, teórico, sociológico e ideológico³³. Al triángulo semántico tradicional *significante-significado-cosa*, Lledó lo sustituye por otro modelo más matizado: *significante-significado-alusividad semántica-(cosa)*; o bien: *significante-significado-cosificación semántica*. «Si al significado lo vemos sólo como una mera extensión y, por supuesto, complicación del significante, no podemos salir nunca de la inmanencia del signo. Pero un signo inmanente es una contradicción. Los estudios sobre el lenguaje poético, sobre estilística y semántica, nos han enseñado a descubrir en la palabra una aureola de alusividad que no es más que el contagio enriquecedor que esa palabra ha sufrido a través de la dilatada convivencia entre múltiples contextos. Esta aureola semántica es, en el fondo, un enriquecimiento del uniforme y originario esquema del que brotó el lenguaje, pero en ella tiene lugar un singular modo de *cosificación*. Entre el significante y la cosa no se intercala ya un significado amplio, pero neutro, y cuya principal misión es proyectarnos sobre la cosa, sino que el significado adquiere una solidez determinada en la que se inserta, como datos objetivos y no como una mera transparencia relacional, las experiencias de la lengua, las intenciones del hablante, los ecos y usos sociales que, tantas veces, enriquecen o empobrecen a las palabras, los variados matices que sintetizamos con la expresión *vida de la lengua*»³⁴.

En la constitución del lenguaje filosófico entran una serie de vocablos, proposiciones y construcciones sintácticas tomadas del idioma en el que está redactado el texto y según el uso habitual de un determinado momento histórico; y una serie de términos que, por su contenido, llamaríamos «filosóficos», que le dan su característica distintiva. «El lenguaje filosófico no es, pues, eminentemente el lenguaje de la sintaxis, sino el lenguaje de la semántica»³⁵. Ahora bien, a las filosofías que se fundamentan en un empleo usual o casi usual del lenguaje, que sólo por necesidad y de modo excepcional crean o emplean nuevos términos, las llama Lledó *filosofías lógicas*. Mientras que hay otras filosofías que, con un mínimo apoyo en el lenguaje natural heredado buscan sustentarse originariamente en el pensamiento mismo; y a las que llama *filosofías terminológicas*. La filosofía griega sería un paradigma de filosofía del primer tipo, y el monólogo ontológico heideggeriano, de la filosofía terminológica.

31. *Ib.*, p. 80.

32. *Ib.*, pp. 100 ss.

33. *Ib.*, pp. 167-169.

34. *Ib.*, p. 163.

35. *Ib.*, p. 104.

TEORIA DE LA EXPRESION

Teoría de la expresión, de Félix Schwartzmann³⁶, es una obra voluminosa de propósitos ambiciosos, contenido rico y complejo y desarrollo irregular y en ocasiones confuso. Perspectivas filosóficas de matiz metafísico y antropológico, análisis psicológicos y lingüísticos, comentarios estéticos a obras literarias o plásticas, referencias al sentimiento moral y religioso y a la experiencia mística, incursiones en ciertos ámbitos de las ciencias positivas se suceden y entremezclan a lo largo del libro. En distintos momentos se exponen y enjuician las teorías sobre la expresión, o cuestiones relacionadas con ella, de Aristóteles, Leibniz, Lavater, Goethe, Schiller, Hegel, Schelling, Darwin, Engel, Piderit, Klages, Husserl, Merleau-Ponty, Sartre, aparte las citas más o menos rápidas o detenidas de otros muchos autores de muy diferentes características y tendencias; se comenta o analiza el teatro de Shakespeare y O'Neill, la novela de Proust, la poesía de Neruda, el arte budista, la escultura griega arcaica, las máscaras en el arte africano y en los cuadros de Goya, de Ensor y Solana, los retratos y autorretratos de Durero, Tiziano, Rembrandt y Van Gogh, la pintura de El Bosco, El Greco, Brueghel el Viejo, Cézanne, Kandinsky y Klee, la escultura de Rodin, las marionetas de von Kleist, aparte de alusiones continuas a otros numerosísimos literatos y artistas de muy diferentes tiempos y escuelas, desde Esquilo a Camus, de Cimabue a Dalí.

No obstante, la orientación y perspectiva general son antropológicas. «El centro expresivo de la convivencia es el rostro y la mirada del otro»; «la existencia de la persona se revela como expresividad, en cuanto no es la mediación de los signos sensibles lo que caracteriza a las expresiones, sino que son las expresiones, como actualización de una realidad existencial, las que confieren sentido a esos signos»³⁷.

El libro se divide en cinco partes, con 17 capítulos en total. En la primera, que titula «Imagen expresiva del hombre y del mundo», después de exponer su concepto del sentido y naturaleza de la expresividad, se centra en el examen de la expresividad del lenguaje y en la relación entre la expresividad y el conocimiento de sí mismo; en la segunda parte pasa revista a distintas teorías fisiognómicas y analiza la expresividad como forma de relación con los otros y con el mundo; la tercera pone a examen las correlaciones entre expresión y concepción del mundo; la cuarta, entre sentimiento de la existencia y expresión, y, finalmente, la quinta parte trata del hombre como creador de lo fantástico.

58 láminas con buenas reproducciones en blanco y negro o en color, de obras de arte comentadas en el texto, completan el volumen, cuidadosa y bellamente editado. Un acierto más, este último, de la Editorial Seix Barral, a cuyo cargo corrió la impresión de esta obra, y que corre también con su distribución general fuera de Chile.

36. SCHWARTZMANN, FELIX: *Teoría de la expresión*. Ediciones de la Universidad de Chile, 1967, IX+483 pp. y 58 láminas, 23,5 × 16,8 cms.

37. *Ib.*, pp. 3 y 4.

LA METAFORA

La obra de Warren A. Shibles *Metaphor: An Annotated Bibliography and History*³⁸ merece en su conjunto los mayores elogios. Fundamentalmente es una extensa recopilación bibliográfica sobre la metáfora, fruto de una búsqueda trabajosa y paciente por las principales bibliotecas de Estados Unidos y de Europa. Se recoge un número ingente de libros, artículos y disertaciones sobre los más variados aspectos y relaciones de la metáfora, escritos en las lenguas «mayores». Esos aspectos y relaciones abarcan muchos y diversos campos: la poesía y la literatura, la lingüística y la estética, la filosofía y la ciencia, la religión y la teología... También se incluyen otras nociones afines, como imagen, modelo, analogía, etc. En cuanto al tiempo, alcanza desde los escritos de la antigua Grecia hasta nuestros días. A cada referencia acompaña una síntesis de su contenido, anotándose los conceptos más importantes o nuevos que presenta la obra en cuestión; excepto en aquellas cuya aportación queda claramente indicada en su título mismo. Tales anotaciones se alargan o acortan según la importancia del autor y la trascendencia histórica o teórica de la obra reseñada. La historia de la teoría sobre la metáfora, en sus autores y sus obras, queda de este modo delineada en estas páginas.

A esta bibliografía siguen tres índices. El primero recoge algunas obras extensas sobre la metáfora cuya consulta puede servir de complemento a la materia de los otros índices; el segundo se refiere a términos generales y nombres propios, y el tercero a los diversos aspectos o consideraciones de la metáfora. De este modo se pueden localizar fácilmente los estudios sobre la teoría o el uso de la metáfora por un autor determinado (Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Góngora o García Lorca), sobre la alegoría, la imagen o los diversos sentidos de la analogía, sobre la metáfora en el arte, en la filosofía o en la ciencia, etc.

En una obra de este género y envergadura nunca faltan deficiencias. Por ejemplo, una numeración de los títulos en la Bibliografía facilitaría las referencias de los Índices y su utilización. Al extender el cometido, abarcando otros conceptos conexos, aumenta el riesgo de las omisiones. Así, por ejemplo, serían fáciles de señalar, y abundantes, las referentes al *símbolo*, pues él solo llenaría un volumen como el presente. Son deficiencias éstas que provienen de la ambición del empeño y que siguen necesariamente a una ventaja más, buscada y en buena parte conseguida. Así, nos llamó la atención la excelente copia de autores escolásticos y títulos sobre la analogía en filosofía y en teología, desde Aristóteles y Santo Tomás, pasando por Cayetano, hasta numerosas obras modernas. Indudablemente faltan muchos otros, antiguos y modernos (se trata, como es sabido, de un tema muy estudiado y discutido desde la Edad Media en las distintas corrientes escolásticas). Una consulta a los tratados de filosofía escolástica o a los repertorios

38. SHIBLES, WARREN A.: *Metaphor: An Annotated Bibliography and History*. Whitewater, Wisconsin, The Language Press, 1971, XVI+414 pp., 23,4 × 15,5 cms.

bibliográficos permitiría una abundante recolección de nuevos títulos. Sí nos extraña, a pesar de todo, que no se mencionen los autores españoles de los siglos XVI y XVII que son clásicos en el desarrollo de la doctrina aristotélico-escolástica de la analogía, como Domingo de Soto, Juan de Santo Tomás o Francisco Suárez³⁹; nos extraña menos que no se cite, entre los modernos, a Santiago Ramírez⁴⁰ y a G. M. Manser⁴¹, aunque cuenten con méritos superiores a la mayoría de los aquí recogidos a este propósito.

Los temas y los títulos españoles tampoco están, ni mucho menos, completos. Fácilmente se podría elaborar una larga lista de estas ausencias. Sin que ello suponga restar méritos a la obra que comentamos. Pues sí queremos destacar que, a pesar de todo, abundan estos temas y títulos bastante más de lo que es corriente en trabajos de esta índole realizados fuera de nuestras fronteras. También se encuentran, en mayor número de lo que cabría esperar, temas y autores hispanoamericanos. Góngora, Calderón y Gración entre nuestros clásicos, y Lorca entre los contemporáneos, son los más favorecidos, por contarse entre los autores españoles más estudiados en este aspecto de la metáfora por autores extranjeros. De autores extranjeros son todas las referencias señaladas sobre Calderón. No obstante, sólo se da una referencia sobre San Juan de la Cruz y Santa Teresa, que no han sido menos estudiados fuera que aquéllos.

La Introducción quiere ser una ampliación doctrinal del contenido de la Bibliografía y de los Indices. Las ideas tradicionales sobre la metáfora —nos dice W. A. Shibles— están allí recogidas; por eso selecciona otros temas o aspectos que le permiten nuevas consideraciones y desarrollos. Trata de la metáfora como una forma de arte, del «método metafórico» como método filosófico, de ciertas teorías sobre la metáfora que juzga basadas en una pseudo-sicología, del establecimiento de una nueva retórica con la metáfora en su interior como un dominio independiente de búsqueda, y, finalmente, en 104 breves observaciones numeradas, resume algunas características de la metáfora que le parecen oportunas y no quedan recogidas en las anotaciones bibliográficas. Es lástima que todo ello desmerezca, por su endeblez de contenido y ligereza expositiva, de los resultados encomiables alcanzados en la recopilación y organización bibliográfica.

FERNANDO SORIA, O.P.

39. Un estudio general sobre el tema en los autores tomistas de la época, en B. BELLERATE: *L'analogia tomista nei grandi commentatori di S. Tommaso* (Roma, P.A.S., 1960); sobre Suárez, J. HELLIN: *La analogía del ser y el conocimiento de Dios en Suárez* (Madrid, Editora Nacional, 1947). Ninguno de estos dos estudios está recogido en la Bibliografía de Shibles.

40. I. RAMIREZ: *De analogia secundum doctrinam aristotelico-thomisticam* (Madríti 1922); *En torno a un famoso texto de Santo Tomás sobre la analogía*, en «Sapientia» 8 (1953) 166-192. En el mismo año en que se publicaba la Bibliografía que comentamos, apareció, con carácter póstumo, *Uso de la analogía en los autores griegos anteriores a Aristóteles*, en «Estudios Filosóficos» 20 (1971) 451-534. Y posteriormente, en la edición de sus Obras Completas, su magno y definitivo tratado sobre el tema, en 4 volúmenes, *De analogia* (Madrid, C.S.I.C., 1970-1972).

41. G. M. MANSER: *La esencia del tomismo*. Traducción española (Madrid, C.S.I., 1947), pp. 427-535.